

# El mito del padre en la literatura mexicana contemporánea desde *La cabeza de mi padre*, de Alma Delia Murillo

The myth of the father in contemporary Mexican literature  
from *La cabeza de mi padre*, by Alma Delia Murillo

Cynthia Pech Salvador

*Universidad Autónoma de la Ciudad de México*

## Resumen

El mito del padre está en el origen mismo del patriarcado. En tanto mito, el padre se establece más como una presencia omnipresente que no necesariamente de cuerpo presente. En México, muchos de los hogares siguen cimentados por la figura espectral del padre que, como mito, explica apenas el origen y ondea en la saga familiar que tanto necesita de él para mantener la memoria colectiva de las familias. No obstante, en la realidad, los hogares son sostenidos principalmente por mujeres que bajo la denominación “jefas de hogar” se hacen cargo de la familia.

Es desde este contexto que la obra *La cabeza de mi padre*, de Alma Delia Murillo (2022) cobra relevancia en tanto que no sólo desmonta el mito del padre y su narrativa, sino que actualiza este mito con la finalidad de mostrar –desde una escritura autobiográfica y con una clara influencia feminista–, los alcances que el mito del padre tiene en el origen identitario y colectivo y de qué manera la literatura, como producto cultural, puede dar cuenta de estos alcances.

**Palabras clave** : Mito y patriarcado, Memoria colectiva, Literatura mexicana contemporánea, Feminismo y escritura de mujeres.

## Abstract

The myth of the father is at the very origin of patriarchy. As a myth, the father is established as an omnipresent presence that is not necessarily present in body. In Mexico, many households continue to be founded on the spectral figure of the father who, as a myth, only explains the origin of the family saga that needs him so much to maintain the collective memory of families. Nevertheless, in reality, households are mainly sustained by women who, under the label of “jefas del hogar”, take care of the family.

It is from this context that the work *La cabeza de mi padre*, by Alma Delia Murillo (2022) becomes relevant in that it not only dismantles the myth of the father and its narrative, but also updates this myth in order to show –from autobiographical writing with a clear feminist influence–, the reach that the myth of the father has in the identity and collective origin and in which way literature, as a cultural product, can account for this reach.

**Keywords:** Myth and patriarchy, Collective memory, Contemporary Mexican literature, Feminism and women’s writing.

## Introducción

Hay en el mito una explicación para el origen de las cosas que no pueden ser del todo explicadas. Por ello, suele entenderse coloquialmente como una leyenda o cuento inventado por alguien que quiere hacerlo pasar por verdad (Moliner, 1994, p. 428); sin embargo, el mito es más que una invención fantástica pues apela, sobre todo, a creaciones culturales tan necesarias, simbólicamente hablando, que sin ellas no podríamos entender muchas cosas sobre el origen de lo humano. El mito brinda al humano “la ilusión, extremadamente importante de que él puede entender el universo y que, de hecho, él entiende el universo” (Lévi-Strauss, 1978, p. 41).

Sin duda, los mitos tienen una función ética y psicológica, pues representan la vida intrapsíquica de los seres humanos y su relación con la naturaleza que no posibilitan verdades absolutas, sino sólo expresiones de verdad de ciertas percepciones (Chevalier y Gheerbrant, 2007, p. 716). Por tanto, el mito ha jugado un papel importante como objeto de reflexión y como creación cultural que, desde la antropología filosófica, ha supuesto una aproximación a entender de qué manera funciona en la configuración cultural de lo social. Por ello, el mito, como narración explicativa que ofrece respuestas, ha trascendido

el carácter sagrado que le dio origen y se ha colocado en los cimientos culturales y cotidianos. En este sentido, lo que importa, al final de cuentas, es la función que el mito tiene para las colectividades en donde su sentido explicativo, significativo y práctico son fundamentales para entender el devenir social e histórico de la humanidad.

La literatura, como producto cultural, no queda ajena al mito. No hay que olvidar que en la historia occidental el mito nació con la tragedia. Las narraciones trágicas, las epopeyas griegas y la poesía épica han sido fundamentales no sólo en la construcción de los grandes mitos, sino en la trascendencia profana que hoy muchos de ellos tienen. Prueba de esto resulta la serie de actualizaciones que constantemente se hacen de los mitos en productos culturales como el cine, el cómic, las series televisivas, etcétera, que recrean los mitos constantemente. Por actualización me refiero no sólo a la reinterpretación que se logra en el devenir histórico sobre narraciones como por ejemplo el mito griego de Prometeo y su actualización literaria en *Frankenstein*, de Mary Shelly, a inicios del siglo XIX y en pleno romanticismo. Podríamos decir que la versión de Shelly sobre el monstruo creado por el humano nada tiene que ver con el mito griego, pues el Prometeo griego es un dios; sin embargo, su visión del Prometeo moderno no sólo actualiza el mito, sino que lo resignifica en tanto que lo utiliza para explicar, de alguna manera, los males humanos de su época. Tanto en el mito griego como en la novela de Shelly, la humanización del personaje mítico es lo que llama la atención y en lo que muchos de los estudiosos de este mito apuestan por recuperar como lo esencial del personaje prometeico. Esta actualización es ejemplo claro de cómo los mitos llegan a través de la literatura y de qué manera su transmisión en el transcurso de la historia consigue renovarlos generando otra significación sobre una base simbólica del mito original.

Desde una perspectiva semiótica, la actualización no es otra cosa que la interpretación de una obra literaria en un continuo devenir interpretativo. En este sentido es que considero que en la literatura mexicana actual se están recreando y actualizando –reinterpretando– mitos heredados por la tradición literaria, pero, sobre todo, por la cultura. Una cultura internalizada, naturalizada y reproducida en los valores y acciones de los seres humanos en el mundo social. Por tanto ¿qué parte del mito está hoy presente en la moral y el sentido ético de lo humano?

Esta gran pregunta plantea otras preguntas posibles, pero para el caso específico de lo que en este capítulo quiero plantear la pregunta que precede a esta reflexión es la siguiente: ¿de qué manera los mitos originarios siguen

estando vigentes hoy en día y cómo es que se actualizan? Así, el punto de partida en este texto es el de considerar que un mito originario y tradicional, como es el mito del padre, permanece en la cultura mexicana, aunque está siendo recreado, reinterpretado y, por tanto, trastocado en la literatura contemporánea mexicana, en específico, la escrita por algunas mujeres. La reescritura del mito del padre me parece que tiene alcances no sólo reveladores en el ámbito de la producción literaria, sino en la reconfiguración de un orden ético –y moral– que refresca la idea de que un cambio social es posible.

Desde mi perspectiva, mucho de ello se debe al feminismo y su fuerza que ha alcanzado a muchas de las mujeres que hoy escriben y que lo hacen desde una consciencia por desmontar la desigualdad social que tiene su origen en la división sexual a partir de lo femenino y lo masculino, es decir, el patriarcado como pilar que sostiene el orden social en casi todos los contextos del mundo. Por ello, la obra *La cabeza de mi padre*, de Alma Delia Murillo me parece una obra ejemplificadora no sólo de la narrativa de corte feminista que se está produciendo en México, sino que la obra contiene una actualización del mito del padre que aporta los alcances que éste ha tenido en la cultura popular mexicana –de raigambre tradicional– y de qué manera esta obra ofrece una relectura y resignificación de un mito desde una visión crítica.

### **El patriarcado y el mito del origen en el mundo de lo social**

El término patriarcado tiene un origen religioso en tanto que en su definición clásica significa el poder del padre, o sea, dios, y su linaje. Esta conceptualización del dios padre presente en el antiguo testamento bíblico, trascendió, con el tiempo, al lenguaje común y hoy se utiliza, coloquialmente, para hacer referencia al jefe o persona más respetada dentro de una familia o una comunidad, así como a su derivación “patriarcal”, término que se aplica para referirse al sistema de relaciones entre los que mandan y los que son dirigidos en una relación familiar. Sin embargo, el origen etimológico del término patriarcado tiene su raíz en la palabra patriarca que viene del griego y se compone de ‘patria’ –que significa descendencia– y ‘archô’ –que significa mandar– (Moliner, 1998, p. 620). De tal forma que el término patriarcado remite al poder revestido de autoridad que sólo los varones, jefes de familia, tienen y que se sustenta en la legitimación de la tradición judeo-cristiana que decreta la masculinidad de un dios único y supremo y su cualidad paterna. En esta tradición, el mito creacionista de la humanidad comienza justo con la explicación

de que dios creó al hombre, o sea, al varón, a imagen y semejanza de él, y de ahí, la subsecuente creación de Eva, es decir, de la mujer, que sólo fue posible a través de la extracción de una costilla de Adán. El mito de la creación de la humanidad enmarca dos cosas: la primera, el poder del varón respecto de la mujer y, la segunda, ancla el lugar suplementario de la mujer para justificar su opresión frente a la autoridad del varón. La tradición, como un sistema de creencias basadas en este mito creacionista, reafirmaron la narrativa de la inferioridad de la mujer y su circunstancia de desigualdad frente al varón a partir de la prohibición a las mujeres de ser/tener una autoridad espiritual, así como su exclusión de las jerarquías que son exclusivamente masculinas. En este sentido, se puede decir que, en su origen, el objetivo del patriarcado fue el de “someter los poderes femeninos al servicio de la transmisión de autoridad del padre al hijo” (Guerra, 2001, p. 35), ya que, si las mujeres supieran demasiado y/o ejercieran su sexualidad fuera del control social, el orden patriarcal –también denominado orden del padre– se vería amenazado porque el padre no podría transmitir la propiedad, su linaje y el poder al hijo. De esto deriva que lo que ha estado en juego en la historia de la humanidad es la continuidad de un orden y su propia reproducción cultural (Pech, 2022, p. 593).

El patriarcado, entendido sintéticamente como la ley del padre y su autoridad, nace del mito creacionista de que el varón fue creado por dios y no sólo eso, sino a su imagen y semejanza y lo priorizó antes que a la mujer. Este mito ha sustentado no sólo el orden simbólico, sino que ha impuesto un sistema político basado en la desigualdad social entre hombres y mujeres en función de que este mito antepone el poder masculino y sus privilegios sobre las mujeres.

El feminismo se ha encargado de analizar desde una perspectiva crítica el término patriarcado y sus alcances en el ámbito de la cultura como entramado de significaciones compartidos por un grupo social que se reproducen y naturalizan en las interacciones cotidianas de las personas. La historia de la humanidad nos ha mostrado de qué manera el patriarcado ha ordenado el mundo. Por tanto, el feminismo, como corriente de pensamiento crítico, ha visibilizado el alcance del mito del padre y su actualización en la palabra patriarcado. De tal suerte que hoy queda claro que más allá de una mera palabra, el patriarcado es una organización social, política, económica, religiosa y de carácter universal, creada por los varones y sobre la que se ha construido un orden simbólico (el del padre) sostenido por los mitos, la religión y la tradición aprendida,<sup>1</sup> como la única estructura social posible y en donde “la divi-

---

<sup>1</sup> Como bien señala Maurizio Bettini –a propósito de las contradicciones intrínsecas de toda tradición–, la tradición es sobre todo aprendida en tanto que se justifica en una condición de

sión de los sexos parece estar en el orden de las cosas, como se dice a veces para referirse a lo que es normal y natural, hasta el punto de ser inevitable” (Bourdieu, 2000, p. 21).

Como orden simbólico que estructura la desigualdad no sólo entre hombres y mujeres, sino entre los individuos más allá de la condición sexo-genérica, el patriarcado es, sobre todo, un sistema de poder que rige las relaciones sociales entre los sujetos y a partir de la cual se determina el lugar que ocupan estos en la relación de dominación/subordinación; es decir, dentro del régimen jerárquico de poder, o más precisamente, en la estructura de dominación<sup>2</sup> (Bourdieu, 2000). Por tanto, el mito del padre sigue teniendo presencia hoy en día pues opera, a partir de la tradición, en todos los recovecos sociales, siendo la familia uno de los más complejos ya que el orden familiar se rige a partir de normas sociales internalizadas y naturalizadas por sus miembros. La ley del padre es y ha sido el elemento común en la configuración de lo que entendemos por la familia tradicional, pues alude a que la familia se origina en el jefe o patriarca del grupo que ha sido creado a imagen y semejanza de dios, y, por ello, el padre es dios, quien, en la mística judeocristiana, es omnipresente, omnipotente y omnisciente, cualidades todas dirigidas a cuidar y asegurar que el orden del padre (dios) no prescriba. En la tierra, el padre, jefe de familia, es el sabio, el que se asegura de que su descendencia permanezca; es el encargado de que el orden de las cosas continúe y, sobre todo, es, en su amor inconmensurable, el que cuida al resto de la familia.

La trascendencia en el mundo social del mito del padre opera en el inconsciente colectivo y es compartido por los miembros de la familia. El aprendizaje de este patriarcado y sus valores y normas de comportamiento, sobre todo de sus miembros más allá del padre, operan en la cultura que se aprende desde la niñez y, posteriormente, se reproduce y perpetúa en el momento en que los sujetos socializamos fuera del ámbito familiar. Para Berger y Luckmann (2005), la socialización primaria –los primeros años de la vida de los individuos–, es fundamental pues se aprenden los elementos esenciales de la cultura a partir de la interacción con los miembros más cercanos de la familia. Se puede decir que, en esta etapa, crucial para internalizar y naturalizar las normas sociales del orden simbólico del padre, los individuos aprenden lo

---

verdad que se soporta en narrativas de la identidad y la memoria. En este sentido, la tradición aprendida es ante todo un discurso que como se aprende, también se puede desaprender y, por ende, desmontar (Bettini, 2001).

<sup>2</sup> Para Bourdieu, el principio de inferioridad de la mujer y de su exclusión, que el sistema mítico-ritual ratifica y amplifica, lo ha convertido en el principio universal de la desigualdad. Un principio, sin duda, asimétrico que ampara una visión del mundo (Bourdieu, 2000, p. 59).

malo y lo bueno de las personas que están a su alrededor, pero lo aprendido en esta etapa se convierte en ley en tanto que se da por supuesto que lo que se aprende es el orden de las cosas. Sin embargo, en el momento en que el individuo socializa fuera de su entorno familiar, es decir, en la socialización secundaria, éste se enfrenta a elementos culturales que no ha aprendido y que le requerirá disposiciones cognitivas y sociales para gestionarlos como nuevos conocimientos o desecharlos. Hay, en lo aprendido en cada familia, una base del mito del padre que se ha convertido en la historia familiar; es decir, en toda historia familiar –que llamaré memoria colectiva–, existe el mito del padre en esencia, y si bien hoy no tiene esa carga originaria, sí está presente el papel fundacional, jerárquico y regulador del padre. Un padre que, en esta idea de lo omnipresente que comparte con dios, es, en muchas familias, un padre ausente de cuerpo, pero necesariamente presente de manera simbólica.

### **Literatura, producción cultural y memoria colectiva**

La literatura, como arte de la expresión verbal, se refiere a toda obra textual producida bajo ciertas reglas y dentro de los límites de una cultura que no tiene mayor función que la estética (Beristáin, 1997, p. 305). Entendida así, la literatura o lo que entendemos por ella, no puede separarse del contexto cultural en que se origina y, por tanto, la obra producida contiene elementos de esa cultura. La especificidad estética a la que alude la definición clásica hay que entenderla en el sentido de que para que una obra textual sea literaria, debe producirse siguiendo las reglas del campo literario y ello contempla a la experiencia estética. Por experiencia estética hay que entender el conocimiento que la obra literaria produce a partir de los sentidos. La producción literaria, lo sabemos, parte del contexto cultural y se dirige, en principio, a una comunidad de sentido que la comparta. Para Eco (1993), la interpretación de un texto literario supone una cooperación que llama textual, entre el intérprete o lector y el autor implícito en el texto. Esta cooperación es el principio de la comunicación literaria en donde ambos actores, lector y autor, están implicados como estrategias textuales dentro de la obra literaria. El lector debe entenderse como aquel sujeto que opera dentro de una comunidad de sentido y desde ahí actualiza el texto literario. La actualización es para Eco una interpretación que siempre está anclada en el texto –y sus reglas implícitas– que se interpreta.

Si la producción literaria está enmarcada dentro de una cultura, ello significa que son productos culturales pues “expresan ideas, valores, actitudes

y creatividad artística, y que ofrecen entretenimiento, información o análisis sobre el presente, el pasado o el futuro” (Coelho, 2000, p. 414). Pero hay más, estos productos culturales, muchas de las veces, al final terminan por convertirse en bienes culturales, es decir, en bienes con un valor simbólico que no genera ganancia económica pues no están dentro del mercado. Su valor está definido por el lugar simbólico que una persona o colectivo le da. Desde esta perspectiva, la literatura puede ser producto cultural y al mismo tiempo, un bien simbólico.

Cabe señalar aquí que mi perspectiva reflexiva tiene mucho de lo propuesto por la Crítica Literaria Feminista que si bien nació en el seno del movimiento de liberación femenina como praxis política que consiguió, en primera instancia, no sólo una lectura analítica del lugar de la mujer en la literatura universal y el reconocimiento de las aportaciones de las mujeres escritoras a la Historia de la Literatura; sino, en un segundo momento, la vindicación de la escritura de mujeres como una forma de acción directa que puede contribuir a la transformación de las desigualdades sociales en favor de las mujeres y que a su vez opere como una memoria colectiva<sup>3</sup> (Halbwachs, 2004) de las mujeres.

### **Escritura de mujeres y autobiografía en la literatura mexicana contemporánea**

Desde un principio, la preocupación de la Crítica Literaria Feminista fue la de reflexionar sobre la representación de la mujer en el discurso, entendiendo que había una reciprocidad entre la imagen de la mujer representada en la literatura y el aprendizaje de la imagen de la mujer fruto de la imaginación masculina inscrita en los llamados modos de representación institucional. En ese sentido, la Crítica Literaria Feminista entendió la urgencia de desmontar los marcos reproductivos e interpretativos de representación y comenzar, desde la escritura feminista, otra manera de representar y leer a las mujeres reales que, desde su propia experiencia como sujetos situados, podían dejar de ser sujetos del discurso para convertirse en sujetos de su discurso. Así, la Crítica Literaria Feminista, nutriéndose de otras miradas disciplinares, entendió que el sujeto mujer era, en todo caso, el sujeto de enunciación que en y desde la escritura,

<sup>3</sup> Este concepto es propuesto por el autor para diferenciarla de la memoria histórica. El autor establece la diferencia al señalar cómo operan ambas: mientras que la memoria histórica es independiente de grupos y contextos y se sustenta en la memoria externa que recoge muchas memorias para convertirlas en algo homogéneo (la tradición histórica), la memoria colectiva o de grupo es aquella que se compone básicamente de los recuerdos y experiencias que caracterizan a determinado grupo social y que posibilita su cohesión de grupo.

podía desestabilizar el orden representacional establecido y con ello, poner en acción lo personal es político.<sup>4</sup>

Actualmente, la producción literaria de corte feminista puede asumirse como producto y bien cultural, en tanto que en el panorama de la literatura contemporánea mexicana, las obras literarias escritas por mujeres hacen eco de los preceptos fundamentales del feminismo teórico y militante que persigue, en principio, revertir la desigualdad entre varones y mujeres, y posteriormente, incidir en todas las formas de violencia que históricamente y con base en la tradición, el patriarcado ha naturalizado y reproducido culturalmente. Como ya señalé líneas arriba, la desigualdad es parte de un sistema que trasciende a la relación varón-mujer. La violencia, como elemento fundacional de dicho sistema, permea en todas las capas de la sociedad y en principio, en la dominación masculina (Bourdieu, 2000) que opera no sólo sobre las mujeres, sino en el orden social.

En el caso específico de América Latina, Rita Segato (2018) ofrece una revisión reflexiva y situada sobre la violencia del patriarcado que se vive, se produce y reproduce, en los diferentes países que conforman la región y con claridad describe cómo es que el patriarcado va adaptándose y encontrando formas distintas de vigencia, todo en función del mito del padre. En torno a lo que denomina las *estructuras de la violencia*, la autora encuentra que el feminicidio y la violencia sexual, por ejemplo, son manifestaciones específicas de un patriarcado que está vigente en los distintos contextos latinoamericanos como mecanismos de lo que ella llama *pedagogía de la crueldad*<sup>5</sup> y su vigor irrestricto como parte de las pedagogías del poder.<sup>6</sup>

---

<sup>4</sup> Desde los años setenta del siglo XX, el feminismo militante apostó por hacer de lo personal algo político y del cuerpo femenino, el territorio de esa apuesta ya que es desde el cuerpo donde se vive no sólo la vida, sino las desigualdades y las reivindicaciones. En ese sentido, el feminismo y posteriormente los estudios de género, toman al cuerpo como lugar donde las luchas políticas se dan y desde donde las mujeres deben situarse como sujetos políticos en busca del reconocimiento social.

<sup>5</sup> Utiliza este término para referirse a los actos y prácticas que enseñan y programan a los sujetos a matar de forma desritualizada y bajo el único mandato de la imposición y la fuerza mandatada por el patriarcado. Para ella, la masculinidad es la más propensa a la crueldad en tanto que esta ha impuesto a los varones un entrenamiento continuo para la vida que lo programa para la guerra, para la crueldad y la poca empatía. El llamado pacto masculino engendra todo lo anterior. La pedagogía de la crueldad no respeta vidas, mucho menos las de las mujeres, tanto que sus cuerpos asesinados y muchas veces desmembrados, son desechados en basureros. Para ella, son nuevas formas de guerra las que suceden en América Latina en torno a la proliferación del control mafioso de la economía y la política. Este tipo de violencia se ha enquistado en muchos sectores de la sociedad latinoamericana, mostrando otras variantes del mandato de la masculinidad (Segato, 2018, pp. 11-14).

<sup>6</sup> Por pedagogía del poder, la autora entiende los aprendizajes que los hombres han naturalizado de la violencia como parte de la fuerza masculina originaria –en el mito del padre–. La fuerza y el dominio se ejerce sobre todo en los cuerpos de las mujeres.

En este contexto, mucha de la producción literaria contemporánea de corte feminista asume los riesgos de escribir sobre temas que amplifican, en contexto, las estructuras de la violencia. En México, la producción está teniendo alcances insospechados en donde escritoras como Lydia Cacho y Cristina Rivera Garza, por ejemplo, han asumido el reto no sólo de contar historias de mujeres, sino que escriben desde lugares tan cercanos a ellas a partir de sus experiencias en torno a la trata con fines de explotación sexual y el feminicidio, respectivamente, ya sea en clave autobiográfica o bien, biográfica. La producción literaria feminista funciona como una memoria colectiva, en principio, de las mujeres como colectivo y, en segundo, de las propias mujeres que escriben su propia historia individual o de familia. Una memoria colectiva que dista mucho de la memoria histórica que ha sido fundamentalmente escrita por varones o bien, desde un punto de vista patriarcal.

Asumiendo el presupuesto semiótico, para la Crítica Literaria Feminista “cada texto sólo se puede establecer en relación con sus contextos particulares de escritura y recepción” (Golubov, 2020, p. 19), y ello apunta a que tanto la producción como la interpretación son fenómenos históricos. Asimismo, desde el principio se entendió que las relaciones entre los textos literarios y los discursos que contienen, son necesariamente políticas porque implican relaciones de poder. La Crítica Literaria Feminista plantea que la literatura es un producto cultural que tiene su propia lógica y funcionamiento fruto de los modos de producción del patriarcado y, en ese sentido, vale la pena romperlos comenzando por analizar y desvelar las imágenes de mujeres concebidas por los varones, pero, sobre todo, producir discursos que impliquen representar a mujeres reales. Por consiguiente, mucha de la producción actual en el ámbito no sólo literario sino cultural, pasa por recuperar el valor testimonial que lo autobiográfico tiene para visibilizar las historias de mujeres reales, así como contribuir a la construcción de una memoria colectiva de las mujeres que, desde la historia oficial, han sido silenciadas bajo la ley del padre.

Un caso ejemplificador de la narrativa autobiográfica es sin duda *La cabeza de mi padre*, pues encierra, en principio, tres cuestiones fundamentales que considero interesan al feminismo: 1) que la escritura, en clave personal, sea un documento literario; 2) que como documento testimonial y de verdad, sea un producto cultural; 3) y que, a su vez, sea una escritura fruto de un pensamiento encarnado o corporeizado, de un sujeto mujer que siente y piensa desde un cuerpo anclado y determinado por sus circunstancias sociohistóricas (Pech, 2024, p. 74). Desde este enfoque, esta obra literaria de Alma Delia Murillo no sólo es un texto literario sino un documento cultural que funciona

como un registro emocional y, a la vez, como un documento de memoria. Desde un punto de vista filosófico, el cuerpo es un cúmulo de situaciones biográficas y un acervo de conocimientos (Schütz, 1993) que se encarna en los sujetos a partir de la experiencia (vivida). Desde un punto de vista comunicológico, la experiencia está relacionada con el lugar de enunciación (Ducrot, 1986) desde donde los sujetos se sitúan al hablar. De tal modo que este marca un lugar específico en la producción de un texto comunicativo. Sin embargo, este concepto trae de manera inherente el de experiencia en términos fenomenológicos, pues toma en cuenta las circunstancias que rodean al sujeto-cuerpo en cuanto al papel específico de productor de sentidos. Sin duda, la propia teoría feminista ha hecho suya esta propuesta, ya que si el lugar de la enunciación es el lugar de quien habla, para esta es también el lugar desde donde el sujeto del feminismo se posiciona políticamente y de manera estratégica dentro del mundo dominante (Pech, 2024, pp. 74-75). Así, *La cabeza de mi padre*, es escritura encarnada en tanto que el sujeto de enunciación se sitúa en el lugar de la narradora-escritora que ha decidido contarnos la historia de la búsqueda del padre que la abandonó a ella, y a sus siete hermanos y hermanas treinta años antes, pero, sobre todo, las heridas profundas que significa la orfandad paterna en las estructuras patriarcales de la cultura mexicana.

### **Actualización del mito del padre en *La cabeza de mi padre***

El mito del padre ha estado presente en la literatura mundial. Desde Shakespeare hasta Rulfo. La figura del padre como símbolo del dominio, la posesión y el valor es, al mismo tiempo, autoritaria y castrante: el padre es quien gobierna y el encargado de administrar el castigo a quien desobedece las reglas. El padre representa siempre una consciencia que invita al orden social pues su papel fundamental es el de proteger a sus hijos del caos y de mantener a raya cualquier impulso de cambio. En la tradición occidental, que va desde los griegos a la herencia cultural judeocristiana, el padre es sinónimo del dios creador pero destructor, dador de vida y de muerte, figura omnipresente y omnipotente que conoce todo antes que nadie más; por ello, está ligado al origen del universo y, por tanto, del ser humano. La idea de trascendencia está vinculada siempre a la figura del padre pues de él viene la semilla que se engendra y la cual trasciende sólo por él. Como omnipotente, el padre es el arquetipo del héroe, y, por tanto, es un guía, un maestro, que debemos seguir y al que buscamos poseer, de alguna manera, siguiendo sus pasos, logrando

así hacer que trascienda en uno. El mito del padre comprende una figura fundamental en la composición identitaria de los sujetos, pero también, como un cimiento en la memoria colectiva.

Para Lévi-Strauss, los mitos, a lo largo del tiempo, pueden pasar de ser parte de la tradición legendaria a convertirse en historias de familia (1978, p. 67). Los mitos, como la literatura, son narraciones que soportan muchos de los principios culturales compartidos por colectividades. La familia, como colectividad, en este caso, desde el modelo occidental, es la base de la sociedad. Una base donde el mito del padre y sus permisibles variaciones, cimentan la familia y sus historias en las que el mito originario mantiene su propiedad “en la medida en que podemos seguirlo bajo diferentes transformaciones” (p. 71). Si es como dice este autor que el mito se convierte en historia, hay, en las historias de familia, mucho del mito del padre, aunque aderezado con las variaciones propias de cada grupo familiar.

En *La cabeza de mi padre* el mito del padre está presente en lo fundacional de una familia de clase baja que ancla su origen a un ideal de familia que sólo existe en el discurso. Los referentes son claros: la familia de la protagonista-escritora es de origen pobre; la madre y el padre son originarios de un pueblo de Michoacán, en el México profundo; la madre y el padre eran adolescentes cuando se emparejaron y de esa unión procrean nueve hijos, aunque sólo sobrevivieron ocho. La protagonista-escritora es la última. El clan está compuesto por cuatro mujeres y cuatro hombres que, tras el abandono del padre, serán encabezados por la madre que sufre, como su descendencia, el estigma del padre ausente que se llama Porfirio Murillo, y que, tras treinta años de no verlo y no saber nada de él, la protagonista-escritora incita a la familia a buscarle pues ha presentido su muerte. Interesante resultan los recursos estilísticos utilizados en la narración. Tanto la ironía como la interpelación que la autora implícita suscita. El punto importante que veo en la historia contada es que el mito del padre que alude a un padre que está presente en todo momento y en todas partes, en la narración de Murillo ese padre está presente más como espectro del deseo de la protagonista-escritora. Al final su padre es omnipresente, en este sentido.

Es notable que, pese a la ausencia real del padre, él y su ausencia están siempre presentes no sólo en la protagonista-escritora, sino en el resto de la familia. La presencia de Porfirio permanece presente, en su ausencia y en el vacío social que ello representa. Vacío en tanto que cualquiera que no tiene un padre muerto, corre con la desventaja de ser señalado con escarnio. Sí, la cultura tradicional hunde el dedo donde más duele y es justo la vergüenza

que supone no tener padre la que acompaña a la protagonista-escritora pues “la vergüenza atenta contra algo informe pero inmenso: la conciencia distorsionada de ti misma. Tú eres la que tiene algo mal dentro, la que se vuelve un espíritu defectuoso, un ser indigno” (Murillo, 2022, p. 102). A la vergüenza del padre ausente se suma el silencio que acompaña el motivo real del abandono. A veces resuena que su alcoholismo justificaría su ausencia. Como sea, no queda del todo claro la causa del abandono del padre que, dicho sea de paso, es todo menos héroe. En esta historia el padre adolece de valentía en términos de lo que implica hacerse cargo de la familia y es dibujado como ese fantasma cobarde que no pudo hacerse cargo de lo que derivó la tragedia familiar tras el accidente con fuego de una de sus hijas. Al final, tras una búsqueda azarosa, se produce el tan soñado encuentro con ese padre que, además, ha seguido cayendo en picado y desordenando todo lo que lo social le pide ordene.

En México no hay mayor tragedia y a la vez transgresión, que ligarte con los narcos. Porfirio trabaja para ellos. Tiene razón la protagonista-escritora cuando dice “México es un país de narcos, tal vez todos descendemos de uno” (p. 137). Así, el padre ausente, deseado e idealizado, deviene en un sujeto común como tantos padres ausentes que no asumen la paternidad como una responsabilidad más allá del mandato social. Interesante resulta que en la historia contada en clave autobiográfica, no hay un juicio punitivo hacia el padre en tanto ausencia, sino un deseo que se presume irrealizable al punto de que él no viene hacia la familia, sino la familia va en su búsqueda. Sin embargo, y pese a todo lo que supone un encuentro de un lapso de dos horas, la idealización del padre por parte de la protagonista-escritora se mantiene en el aire pues asume que el encuentro contribuirá no a cerrar la historia, sino a comenzar otra, la suya. En este sentido, me parece justo una transgresión del mito que no busca la continuación de manera nostálgica sobre lo que nunca sucedió, sino la posibilidad de que el encuentro con el padre al final la libere. Dicha liberación se genera no sólo a partir de la imagen de un padre que no aparece en las fotografías, sino de esa certeza de que ese padre difícilmente podría proteger y cuidar a su familia. El mito del padre se ve eclipsado en el papel que las jefas de hogar tienen en la sociedad mexicana, así como el valor que su ejercicio maternal guarda no solo en el origen identitario, sino en el colectivo.

Las estadísticas nacionales muestran que, en el cuarto trimestre de 2023, de un total de 38.5 millones de madres mexicanas, 3 de cada 10 mujeres madres se asumió como jefa de hogar (INEGI, 2024). El término “jefa de familia”, indica, sin duda, el papel fundamental que las mujeres cumplen como responsables de la familia y que implica no sólo cuidar y educar a los y las hijas,

sino como proveedoras económicas que deben trabajar para cubrir lo mínimo indispensable que se requiere para sobrevivir en una metrópoli como lo es la Ciudad de México. Este término sufre, al menos jurídicamente, al de la madre soltera, que en la práctica cotidiana sigue utilizándose para señalar y estigmatizar a las mujeres que llevan en solitario la carga del hogar, cumpliendo al mismo tiempo el rol de madre y de padre. Justo es en este sentido donde el texto literario de Murillo acentúa una ruptura del mito en torno a que el padre es quien se encarga de cuidar la permanencia del linaje. Son las mujeres las que, desde una maternidad asumida con responsabilidad, se encargan de perpetuar la saga familiar y su memoria colectiva. Sin duda, por donde se vea, ellas son las heroínas. Para mí, el mito del padre en la historia de Murillo termina por ser desplazado por la figura de la madre en el origen y la preservación del colectivo familiar. Las distintas anécdotas descritas en torno a la ausencia del padre por parte de la protagonista-escritora, sirven para mostrar de qué manera opera el patriarcado en la sociedad mexicana y que este no va sólo de la mano de los varones, sino que es un sistema violento, discriminatorio y potenciador de desequilibrios afectivos y psicológicos que atraviesan el cuerpo de cualquiera que viva este tipo de orfandad.

## Conclusiones

El mito del padre está en el origen de la historia de toda familia. Como hecho punzante, este mito obnubila, muchas de las veces, el rol de las madres en la preservación del sentido de familia y de su memoria colectiva. Hoy, las mujeres jefas de hogar pueden reconocerse y situarse como las generadoras no sólo del clan, sino las encargadas del cuidado y la funcionalidad social de los hijos y las hijas. No hay héroes sino heroínas que, pese a la estigmatización producida por la figura ausente del padre, asumen mayormente la responsabilidad de la crianza y el cuidado más allá de lo que se espera socialmente de ellas a partir del mandato de la maternidad obligatoria. *La cabeza de mi padre* actualiza el mito del padre desplazando hacia la función social que las madres tienen en la preservación de la identidad individual y colectiva del grupo. La narrativa de esta obra se presume testimonial en tanto que se asume como una autobiografía sobre el encuentro del padre ausente, pero, sobre todo, el encuentro con la madre presente y el papel que ella representa como arquetipo de la jefa de hogar en México. No hay dios ni padre que proteja, el patriarcado es castrante,

violento y opresor no sólo de las mujeres, sino también de los varones que deben siempre responder a una masculinidad mandatada.

*La cabeza de mi padre* es ejemplo claro de una literatura contemporánea que asume el riesgo propuesto por el feminismo: escribir en clave personal un documento literario que sea no sólo un documento de verdad, sino un producto cultural y que éste sea producido por un sujeto mujer que siente y piensa desde un cuerpo anclado y determinado por sus circunstancias sociohistóricas. Una narración de mujeres reales en el contexto de un México marcado por el mito del padre al estilo de *Pedro Páramo* (Rulfo, 1956), donde todos somos hijos de Pedro Páramo: un padre destructor, irresponsable y árido.

## Referencias

- Berguer, P. L. y Luckmann, T. (2005). *La construcción social de la realidad*. Barcelona: Amorrortu.
- Beristáin, H. (1997). *Diccionario de retórica y poética*. México: Editorial Porrúa.
- Bettini, M. (2001). “Contra las raíces. Tradición, identidad y memoria”, *Revista de Occidente*, (243), 76-97.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Coelho, T. (2000). *Diccionario crítico de la política cultural: cultura e imaginario*. México: CONACULTA/ITESO/Gobierno de Jalisco.
- Chevalier, J. y Gheerbrant, A. (2007). *Diccionario de los símbolos*. Barcelona: Herder.
- Ducrot, O. (1986). *El decir y lo dicho. Polifonía de la enunciación*. Barcelona: Paidós.
- Eco, U. (1993). *Lector in fabula*. Barcelona: Lumen.
- Golubov, N. (2020). *La crítica literaria feminista. Una introducción práctica*. México: CIEG, UNAM.
- Guerra, M. J. (2001). *Teoría feminista contemporánea*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- INEGI (2024). *Estadísticas a propósito del día de la madre*. México: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. [https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2024/EAP\\_10Mayo24.pdf](https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2024/EAP_10Mayo24.pdf)

- Lévi-Strauss, C. (1978). *Mito y significado*. Madrid: Alianza Editorial.
- Moliner, M. (1994). *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos.
- Murillo, A. D. (2022). *La cabeza de mi padre*. México: Alfaguara.
- Pech, C. (2022). “Patriarcado”, en Pereda, Carlos (Ed.), *Diccionario de injusticias*. México: Siglo XXI/UNAM, pp. 593-598.
- Pech, C. (2024). “Escritura, memoria y emociones: la comunicación literaria en *El invencible verano de Liliana*, de Cristina Rivera Garza”, en H. Pilar Morales Lara, Gabriela Valenzuela Navarrete y Tarik Torres Mojica (Coords.), *Reubicarse, reclamar, retransitar. Lecturas críticas a la literatura escrita por mujeres mexicanas en el siglo XXI*. México: UACM, pp. 65-84.
- Segato, R. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo.
- Schütz, A. (1993). *La construcción significativa del mundo social*. Barcelona: Paidós.